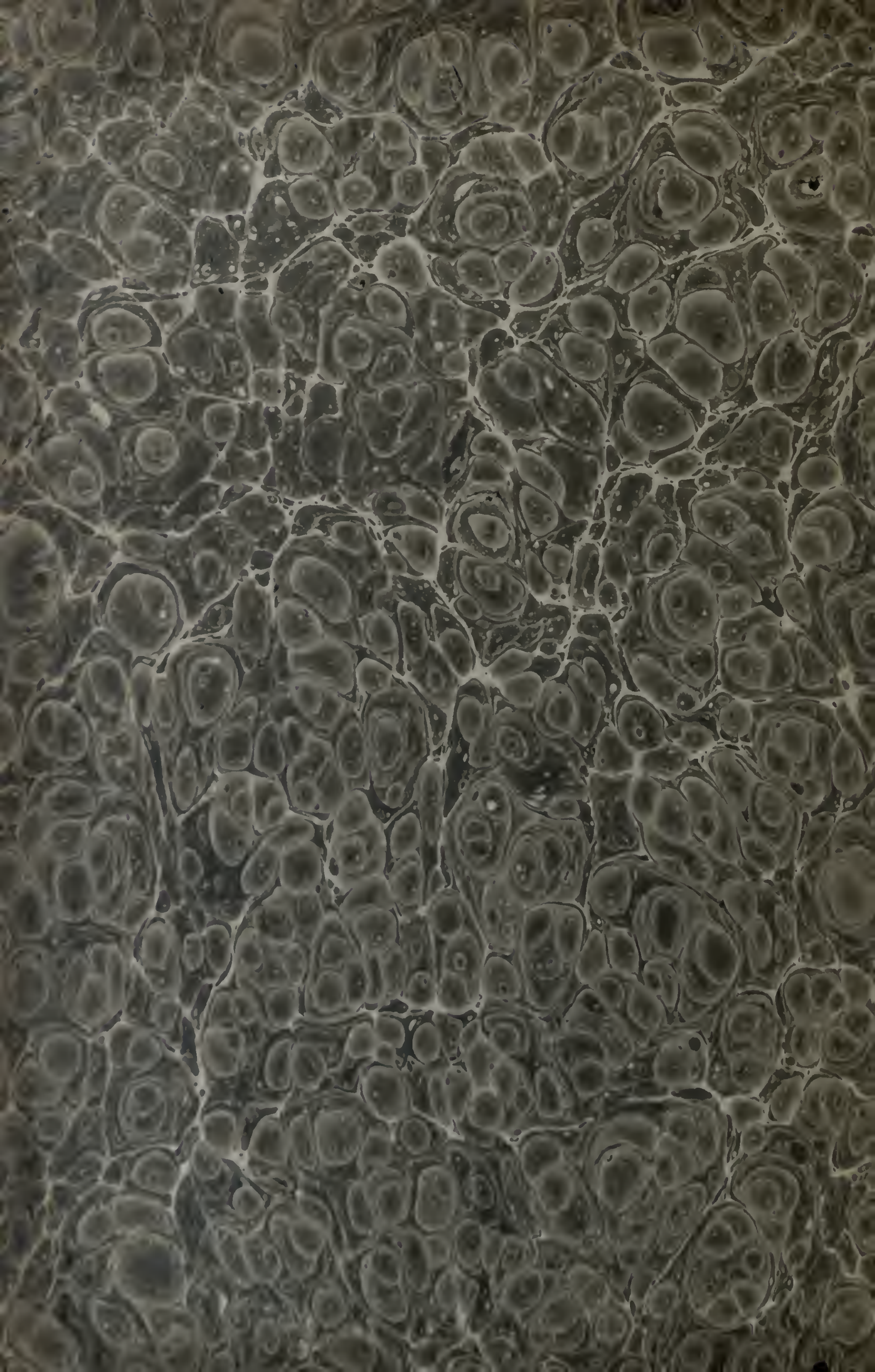
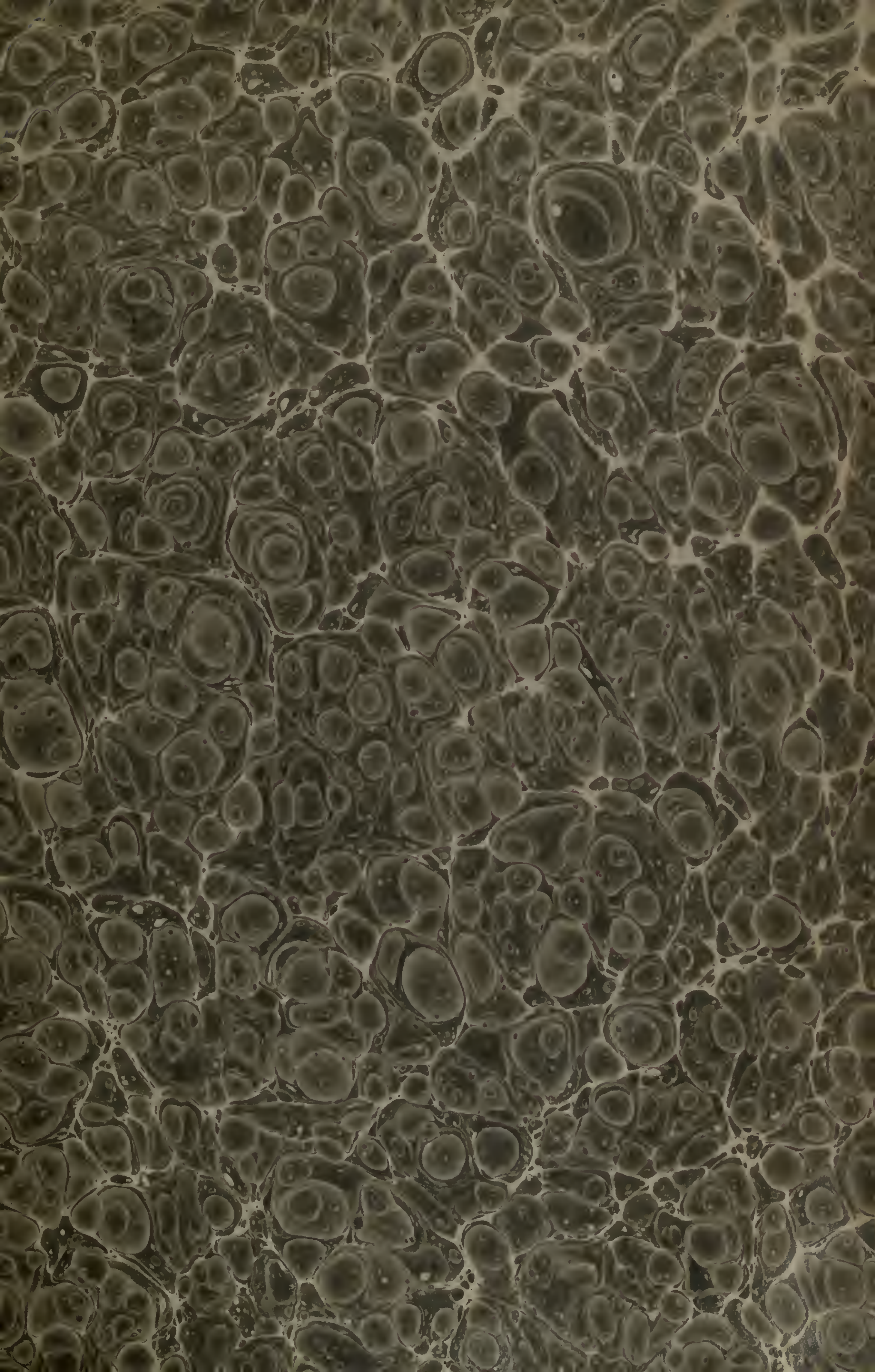






Mateo Aleman y sus obras.

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EL 25 DE MARZO DE 1892

POR LOS SEÑORES

D. JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA

Y

D. LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

EN LA RECEPCIÓN DEL PRIMERO

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1892

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA



Señores Académicos:



O debiera ser mi voz la que hoy resonara en esta Academia; no debierais estar congregados por persona tan desprovista de méritos literarios como yo. En vez de celebrarse hoy mi recepción en este ilustre Cuerpo, autoridad la más elevada que en la esfera del arte literario tiene nuestra Ciudad, debiera ser la de aquel queridísimo amigo, esperanza de las patrias letras, personificación de la musa andaluza, en quien parecía que ésta estaba llamada á remozarse con las galas del ingenio y los primores de la dicción que esmaltan las obras de aquel escritor. En él, antes que en mí, fijasteis vuestra atención, si por lo que á mí atañe indulgente, con todo el rigor de la justicia por lo que á él

se refiere. Permitidme que pronuncie su nombre, aunque acaso no sea preciso, que vivo está aún su recuerdo en la memoria de todos; permitidme que antes de consignar la gratitud que os debo por la distinción con que me honráis, y que ni en sueños pudo acariciar mi mente; que antes de indicaros siquiera el tema sobre que he de llamar vuestra atención en este discurso, deje libre paso á los afectos del corazón: que sólo cuando éste haya desahogado su pena, podrá la inteligencia elevarse libremente á otras regiones.

¡Pobre amigo del alma! ¡Pobre Lorenzo Leal, que este era el nombre que sin que yo lo pronunciara sonaba ya en vuestros oídos! La fortuna que, como es sabido, no suele ser compañera del ingenio, mostrósele adversa en muchos momentos de su corta vida; su carrera literaria, en la que fuí su compañero, llevóla á feliz término á costa de indecibles privaciones, y dedicando á las ímprobas tareas que los estudios de la facultad de Filosofía y Letras representan las horas que debiera destinar al descanso de un cuerpo débil, más que por naturaleza, por exceso de trabajo intelectual y material. No he de trazar aquí su biografía, aunque bien quisiera, pero es tarea que debe reservarse á pluma de más alto vuelo que la humilde del que os habla; pero si no he de biografiar al que puedo llamar mi antecesor en este alto Cuerpo, no puedo prescindir de dedicarle estas líneas, porque su recuerdo va unido al de los más gratos días de la adolescencia, en que juntos acudíamos á nuestra madre común la Univer-

sidad de Sevilla, ansiosos de recoger las enseñanzas de sus ilustres maestros. Á vuestras puertas llamó Lorenzo Leal, sin revelar su modesto nombre, y en público certamen premiasteis su novela *La Soñadora;* y al lauro que con esta obra conquistara añadió bien pronto los que le proporcionaron *Juan de Dios* y *Trabajos de Sísifo,* que forman con aquélla una obra completa, y los alcanzados con *Frescos de Andalucía, Minucia Literaria, Nostalgia* y otras publicaciones. Cualquiera de estas obras bastaría para dar nombre de literato eminente á su autor, que en ellas se nos descubre como un profundo observador de la vida humana, como un perfecto conocedor de los secretos que encierra el corazón del hombre, y como un hábil manejador del hermoso idioma patrio. ¡Cuántos puntos de semejanza encuentro yo entre Lorenzo Leal y el ilustre escritor de nuestra clásica literatura, de quien he de hablaros! no sólo en su vida, que algunas analogías presenta, sino en sus juicios, en sus apreciaciones, en su gran conocimiento del hombre y de los hombres. Cierto que no depende el mérito de un autor del número de sus obras; pero Leal une en las suyas al número el mérito, la originalidad, la galana dicción, la propiedad del lenguaje y aquella gracia andaluza, cualidad distintiva de todas sus obras, al través de la cual se percibe una nota de tristeza, se ve un fondo de amargura, que retratan el alma del escritor. No llegó mi desgraciado amigo á sentarse entre vosotros; cuando las circunstancias de su vida parecían presentarle algún reposo, siquiera el necesario

para coleccionar las notas con que hubiese formado su discurso de recepción, la muerte lo arrebató de entre nosotros, ¡y qué muerte! Apartemos nuestra vista de aquella espantosa catástrofe, pero acompañemos con nuestras lágrimas el cadáver de aquel desgraciado escritor, hasta dejar sus frías cenizas cubiertas con la tierra, siempre hospitalaria, de la antigua *Caput Castellæ*, Burgos.

Cumplido este penoso deber, que la justicia y el cariño me imponían de consuno, debo anunciaros el tema que en pocas páginas he de tratar. No era muy grande mi libertad para elegirlo: por una parte, me obligaba el que me habéis llamado á vuestro seno en la Sección de Literatura; por otra hacíame no pequeña fuerza el honrosísimo encargo de la facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, que en estos momentos pesa sobre mí, de explicar á sus alumnos la asignatura de *Literatura General y Española:* ambas circunstancias paréceme como que me imponían el deber de elegir un asunto comprendido en esta enseñanza, y una vez dentro de su vasto campo, Sevilla, de cuyas gloriosas tradiciones es depositaria esta Academia; Sevilla, la ciudad en que se han deslizado los años más felices de mi vida, y que sobre ser mi patria lo es también de mis hijos, sólo ella podía fijar mi atención. Ved con cuánta razón os decía que no había sido mucha mi libertad para elegir el tema de este trabajo; ved por qué os he de hablar de un asunto sevillano de literatura: de *Mateo Alemán* y de *sus obras.*

España había llegado al apogeo de su gloria, la unidad nacional y la paz interior estaban aseguradas con la conquista de Granada y demás hechos históricos consecuencia de ella; al otro lado de los mares, un nuevo continente esperaba á nuestros héroes, que mal avenidos, después de ocho siglos de lucha, con una paz octaviana, se lanzaban en frágiles naves en busca de soñados tesoros y reales sufrimientos: dictábamos leyes al mundo, eramos los señores de Italia, los temidos enemigos de Francia; el renacimiento de nuestras artes, nuestras ciencias y nuestra literatura era brillante; el habla castellana había llegado á la mayor alteza que ha conseguido, y si comparamos nuestra cultura en esta época con la de las demás naciones de Europa, podremos enorgullecernos, sin temor á competencias, de la prosa de Boscán y Mendoza y de los versos de Garcilaso y Castillejo. En esta época de prosperidad, de paz interior y de engrandecimiento literario, en los últimos años del reinado del César Carlos I, ó en los primeros de su hijo D. Felipe, viene al mundo el escritor cuyas obras vamos á examinar. El lugar de su nacimiento dejólo terminantemente consignado en la portada de su *Guzmán de Alfarache*, donde se llama *nàtural vezino de Sevilla;* si éste no parece bastante testimonio, oigamos al alférez Luís de Valdés, que en el elogio de Alemán que precede á la segunda parte de la citada novela exclama: *¡Oh Sevilla dichosa, que puedes entre tus muchas grandezas, y como una de las mayores, engrandecerte con tal hijo, cuyos trabajos y estudios indefesos (igualán-*

dose á los más aventajados de los latinos y griegos) han merecido que las naciones del universo, celebrando su nombre con digno lauro, le canten debidas alabanzas; y al mismo autor, que en otra de sus obras dice: «*Sea Dios loado, que ya en Castilla, y en mi patria (si dijera mejor madrastra) Sevilla...*» (1) pasajes ambos que no dejan lugar á duda.

De sus estudios no he hallado otras noticias que el dicho de Alonso de Barros (2) de que habíase criado desde los primeros años en el estudio de las letras humanas, y el acta de su grado de Bachiller en Artes y Filosofía, conferido en 1565, documento que se conserva en esta Universidad, en cuyas aulas cursó Alemán aquellas enseñanzas (3).

---

(1) *Ortografía Castellana*, cap. IX.

(2) *Elogio* de Alonso de Barros que precede á la primera parte de *Guzmán de Alfarache*.

(3) Dice así este curioso documento:

In nomine Dei Amen. Per hoc publicum instrumentum cunctis pateat evidenter et sit notum, quod anno á nativitate Domini millessimo quingentessimo sexagessimo quinto indictione septima, die vero mercurii, vigesima octava mensis Junii Pontificatus sanctissimi in Xpo. patris et Domini nostri Domini Pii divina providentia Papæ quinti Anno quinto intra studium generale insignis Collegii sanctæ Mariæ de Jesu ac celeberrimæ universitatis Hispalensis: in mei Notarii publici doctorique Collegii et universitatis secretarii et testium infrascriptorum præsentia, personaliter constitutus egregius vir dominus Matheus de Aleman a civitate Hispalensis ortus et oriundus, cupiens affectansque post multa temporum curricula, quibus in artium et philosophiæ facultate in eadem universitate indefesse insudavit, cursibus omnibus peractis, probatis per tres dictæ facultatis examinatores, viros admodum Rev.dos et magistros, dominos Sebastianum de Perea, cathedram primariam sacræ Theologiæ in eodem collegio regentem, Franciscum Urquizu, cathedram vespertinam Theologiæ

Con el deseo de aumentar estos conocimientos, ó porque abrazase la carrera de las armas, como puede conjeturarse examinando los retratos que de él nos han quedado en algunas de sus obras (1), debió pasar á Italia y recorrer allí las ciudades de Roma, Florencia, Milán, Génova y otras que des-

---

etiam in dicto collegio moderantem, Alfonsum de Jodar in artibus et philosophia magistrum prædicti collegii collegas juxta eiusdem collegii et universitatis statuta constitutiones, formam ac memorabilem consuetudinem rigurosè ac diligenter examinatus atque approbatus ad Baccalaureatus gradum meritò sublimari. Hora igitur circiter decima ante meridiem coram Reverendo et perquam magnifico domino Dominico de Becerra in sacratissima theologia doctore dicti Collegii collega et cathedram philosophiæ in eodem collegio regente, presentibus multis dominis doctoribus et magistris claustris dictæ universitatis de licentia perquam magnifici ac domini mei Joannis de Torres de Vera dicti Collegii et universitatis Rectoris cancelarii. Et collegæ et cathedram primariam juris canonici in eadem universitate moderantis gradum Baccalaureatum in artibus et philosophiæ á supradicto doctore Dominico de Becerra auctoritate apostolica in hac parte fungente recepit et asumpsit: in quorum fidem praedictus dominus Baccalaureus Matheus de Aleman sibi a me dicto Notario, unum vel plura, publicum, seu publica, fieri petiit atque confici instrumentum et instrumenta. Acta fuerunt haec in dicto Collegio et universitate sub anno indictione, die, mense et Pontificatus, quibus supra: presentibus ibidem perquam magnifico domino illmo. Petro de Mallen et Joanne Bravo dicti collegii collegae et domino doctore Didaco de Alfaro et altis multisque dominis testibus et praemissa vocat atque rogat.=Andreas de Tarifa app.cus Notarius=signatus.

El original se conserva en el lib. I de Grados Menores de la Universidad de Sevilla.

(1) *Vida de San Antonio de Padua.* ¿Lisboa? 1604.—*Ortografía Castellana.* Méjico, 1609.—*Guzmán de Alfarache.* Madrid, 1599.

cribe como hombre que bien las conoce. Casi veinte años sirvió á Felipe II en el oficio de Contador de Resultas (1) y en el de Contador de Rentas en la Contaduría Mayor de aquel monarca (2), cargo que, según el docto D. Buenaventura Carlos Aribau (3), desempeñaba ya en 1568, ó sea tres años después de alcanzado el grado de Bachiller en Artes. De su voluntad dejó el oficio real, según nos dice Luís de Valdés, y retiróse tan pobre de bienes de fortuna, que, según el mismo escritor, tuvo que reducirse á menos ostentación y obligaciones; agregando otro de sus panegiristas, el ya citado Barros, que deseoso de escribir la historia de Guzmán, dejó los papeles de S. M., en los cuales parece que se hallaba violentado (4).

Por los privilegios y licencias de algunas obras de Alemán cónstanos su estancia en Lisboa, florón entonces de la Corona de Castilla, por los años de 1603 y 1604, debiendo haber pasado algunos después á Nueva España, pues ya en 1609 imprime en aquellas regiones su *Ortografía Castellana,* saludando en ella á la ciudad de Méjico, donde residía, con estas palabras: » *Recibe... ¡oh ilustre ciudad generosa! este alegre y venturoso peregrino, á quien su buena fortuna trajo á manos de tu clemencia, que como el trabajador fatigado del rigu-*

(1) Luís de Valdés, *Elogio* citado.

(2) *Ortografía Castellana.* Terminación de la obra.

(3) *Discurso preliminar sobre la Novela Española.* Biblioteca de AA. EE., tom. III.

(4) Alonso de Barros, *Elogio* citado.

roso sol en el estío, desea repararse del cansancio debajo del regalo de tu sombra...»

Ignoro si la fortuna coronaría las risueñas esperanzas de Alemán, pues son tan escasas las noticias de su vida, que no puedo precisar si la muerte le sorprendió en aquel imperio ó si regresó á su patria.

No falta quien nos presente á Mateo Alemán como impresor, y con tal carácter lo incluye entre los de la coronada villa el diligente D. Cristóbal Pérez Pastor en su *Bibliografía Madrileña* (1); mas creo que no deben ser una misma persona el escritor y el tipógrafo, pues esta circunstancia no la hubiese callado el alférez Valdés al hablarnos de la pobreza de Alemán en su *Elogio*. La opinión del Sr. Pérez Pastor puede, no obstante, robustecerse con la lectura del capítulo VIII de la *Ortografía Castellana*, en que nos habla Alemán de las distintas clases de letras de molde que en su tiempo se conocían, y del uso de cada una, con estas palabras:

«No son siempre las letras de molde una, pues cuando quieren, i lo mas ordinario, estampan con letra redonda que llaman Parangona, Testo, Atanasia, Breviario i otras. Vsan tambien, otra letra que llaman Cursiva, la cual es bastardillo nuestro, ya sea letra mayor o menor, o agrifada, que no impor-

(1) *Bibliografía Madrileña. Siglo XVI.*—Madrid, 1891.—Fúndase el Sr. Pérez Pastor en una anotación del *Libro de la Hermandad de Impresores,* en que se lee: *«1600. En 4 de Junio de en casa de Mateo Aleman, un real y catorce mrs.»* Ni el señor Pérez Pastor ni ningún otro bibliógrafo citan impresión alguna de este taller tipográfico, cuya existencia funda aquel escritor en la nota trascrita del libro de la Hermandad.

ta pequeña o grande, si todo es uno á nuestro proposito. Ai sin estas, otra hechura de letras, que llaman Goticas, i en el uso nuestro, sirven de Capitales; dieronles aqueste nombre por que se ponen al principio de los libros i capitulos. Tambien se llaman Versales, por que usaron los poetas, comenzar con ellas los principios de sus versos. Otros dicen Mayusculas, poniendolas en nombres propios, i apelativos, de ombres, mugeres....»

Hasta aquí las noticias del escritor; pasemos ahora al estudio de sus obras.

La más importante de ellas, la que ha colocado á Mateo Alemán á la cabeza de los cultivadores de un género literario tan notable cual es la novela picaresca, es su *Atalaya de la Vida humana. Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache.* Si el gran Cervantes decía de Lope de Vega que se alzó con el cetro de la cómica monarquía, otro tanto podemos decir nosotros de Mateo Alemán con relación á la literatura picaresca. No faltaban precedentes del género en España y fuera de ella, y presentes debió tenerlos nuestro escritor, muy especialmente el admirable *Lazarillo de Tormes;* pero á todos los modelos excedió en fuerza de inventiva, en la galanura de la frase y en la oportunidad de las reflexiones morales de que está llena la novela, siendo ademas su héroe el más pícaro de los pícaros de nuestra literatura. Desde su nacimiento hasta que, amarrado al duro banco de una galera, nos narra su extraordinaria vida, presenta el autor ante nuestros ojos cuadros animadísimos, que retratan á maravilla

los extensos dominios de la *florida picardía,* dándonos á gustar el *almíbar picaresco,* describiéndonos, con una verdad que encanta, aquel oficio que no vacila en calificar de *bocado sin hueso, lomo descargado, ocupación holgada y libre de todo género de pesadumbre;* agregando que á él se rendían todas las lozanías del curioso método de bien pasar que el mundo solemniza. No he de referir el argumento de esta sin par novela, temeroso de ofender con ello vuestra ilustración, pero habéis de permitirme que me detenga en su examen algunos momentos.

Táchanla algunos críticos de inmoral, y es preciso no haber saludado el libro, ó haberlo leído víctima de preocupaciones y prejuicios que impidan comprender la honrada intención del autor, para formular tal juicio. Cierto que Guzmán de Alfarache no es un pícaro como los demás de su clase, sino que, como he dicho, vale él solo tanto como los demás juntos; cierto también que su vida está llena de acciones verdaderamente criminales, pero, ¡cuán duramente paga sus robos y suplantaciones!, acaso con la vida, que el autor hubiese querido hacerle perder como castigo de sus faltas, no las hubiese expiado como las expía arrastrando la mísera existencia y sufriendo la dura condición de un forzado de galeras. Precisamente por no incurrir en la nota de inmoral, dió Alemán á su obra gran extensión, que es otro de los defectos que en ella suelen señalarse. Aumentan esta extensión las muchas reflexiones morales con que su autor la enriqueció, colocando al lado de cada una de las truhanerías del pí-

caro el saludable bálsamo con que pueda curarse la herida del mal ejemplo, y, más aún, el eficaz preservativo para no incurrir en aquélla ó en parecida falta.

He dicho que la *Vida de Guzmán de Alfarache* está llena de sentencias morales, y ved aquí otro de los defectos que con más acritud se censuran á Alemán. «Desmochado... de semejantes apéndices, dice el Sr. Aribau (1), sería una novela entretenidísima, llena de gracejo y salpimentada de interés.» No se atrevió Aribau á hacer este desmoche, que, según él, habían intentado antes Lesage y Moratín; mas apesar de las respetables opiniones de estas autoridades, si nosotros lo hiciésemos, seríanos harto difícil defender entonces el libro de la nota de inmoralidad, porque aparecería al desnudo el vicio con todos sus horrores, y faltarían las advertencias saludables que nos aconsejan huir de él. Estas moralidades, que tanto molestan á ciertos críticos, no pueden ser nunca consideradas como defecto, si tenemos en cuenta la intención del autor al escribir este libro: «*como el fin que llevo*, nos dice Alemán, refiriéndose á las digresiones filosóficas y morales, *es fabricar un hombre perfecto, siempre que hallo piedras para el edificio las voy amontonando; son mi centro aquestas ocasiones y camino con ellas á él*» (2): agregando en otro lugar que el objeto de su historia es «*descubrir como atalaya toda suerte de vicios*

---

(1) *Discurso sobre la Novela Española*, ya citado.

(2) *Guzmán de Alfarache*. Parte segunda, lib. I, cap. VII.

y hacer triaca de venenos varios» (1). Sería, pues, vano empeño despojar al libro de esas *historias moralizadas,* como las llama Luís de Valdés, y que no están puestas allí al acaso, sino con la intención deliberada de enseñar, haciendo así pasar aquellas doctrinas desde el tesoro del ingenio de Alemán al general aprovechamiento de sus lectores; pero si no puede despojarse la *Vida de Guzmán de Alfarache* de esas cristianas reflexiones, pudieran en cambio separarse de ella, sin que padeciese nada la acción principal, varias pequeñas historias, con ella entrelazadas, y capaces de existencia por sí mismas, como son las de Osmín y Daraja (2), la de Dorido y Clorinia (3), la de D. Luís de Castro y D. Rodrigo de Montalvo (4) y la de Dorotea (5).

Publicó Alemán la primera parte de su *Atalaya de la vida humana* en Madrid el año de 1599 (6), anunciando su continuación; pero mientras él escribía en Lisboa la *Vida de San Antonio de Padua,* publicaba el valenciano Juan Martí una segunda parte del *Guzmán,* ocultándose tras el pseudónimo de Ma-

---

(1) *Guzmán de Alfarache.* Prólogo de la segunda parte.

(2) Id. Parte primera, lib. I, cap. VIII.

(3) Id. Id., id., cap. X.

(4) Id. Parte segunda, lib. I, cap. IV.

(5) Id. Id., id., cap. IX.

(6) Primera Parte | de Gvzman de Al- | farache, por Mateo Aleman, criado del | Rey don Felipe. III. nuestro señor, | y natural vezino de Seuilla. | Dirigida á D. Francisco de Rojas, Mar- | ques de Poza, Señor de la casa de Monçon, | Presidente del Consejo de la hazien- | da de su Magestad, y tribu | nales della. | Con licencia y priuilegio. | En casa del Licenciado Varez de Castro, | En Madrid, Año de 1599. | Legendo simvlq

teo Luján de Sayavedra. No era Martí hombre de tan lucido ingenio como Alemán, y esto, unido á lo difícil de toda continuación, hizo que su obra desmereciera bastante del modelo, no obstante merecer aprecio, literariamente considerada. La indignación de nuestro autor subió de punto al ver su obra continuada por extraña mano; y si bien nunca escaseó los elogios á que como escritor era acreedor el gramático y jurista valenciano, llamóle en la continuación de su novela, impresa en 1604 (1), engañador, bellaco, ladrón de coplas; y arrojando sobre él todo género de dicterios, laméntase de que le aconteciese, como á los perezosos, hacer las cosas dos veces, pues por haber sido pródigo con sus papeles y pensamientos, se los cogieron al vuelo, con que se vió robado y defraudado, siéndole necesario volver de nuevo al trabajo, apartándose de lo que antes tenía escrito (2).

Dividió Alemán su primera parte en tres libros, é igual división hizo en la segunda: en ellas hace recorrer á su héroe gran parte de la Península, y

---

peregrando. *(Al fin:)* En Madrid, | En casa del Licenciado Castro. Año de M.D.XC.IX.

4.° 272 hojas. 16 de prels., incluso el retrato del autor, y 256 fols. de texto. Signs. ¶-¶¶¶¶-A-Sss, todas de 4 hojas.

(Biblioteca del Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla.)

(1) Segunda parte de la vida de Guzman de Alfarache. Atalaya de la vida umana, por Mateo Aleman su verdadero autor. En Lisboa, impresso por Pedro Crasbeck, 1604.

4.° 15 hoj. prels. con un retrato del autor, 287 fols. de texto. (Catálogo de Miró.)

(2) *Guzmán de Alfarache.* Prólogo de la segunda parte.

no pequeña de Italia, presentándonos á Guzmán en una diversidad de estados tan grande, que ya lo vemos criado de un cocinero, de un embajador y de un cardenal, como pidiendo limosna en las puertas de las iglesias, ó haciendo en Génova vida de gran señor, enamorado galán en Toledo, estudiante en Alcalá de Henares, comerciante en Madrid, ladrón de capas en Sevilla, y galeote por culpa de sus crímenes, pero siempre, en lo próspero como en lo adverso de su fortuna, un redomado pícaro. No obstante su maldad, no repugna á los lectores la figura de Guzmán, y momentos hay en que atrae á sí nuestros sentimientos y llega á hacerse simpático: los otros personajes que intervienen en la novela, ya pertenezcan á la hampa, ya á las clases más elevadas, están admirablemente delineados, mostrándonos la gran fuerza de observación de Mateo Alemán. Su prosa es amena y castiza, salpicada de frases y modismos que la avaloran; y no obstante la extensión de la obra, su forma de narración autobiográfica, sus largas reflexiones morales y las historias contenidas en ella, léese sin cansancio, manteniéndose vivo en el lector hasta el final el interés que se ha sabido despertar en las primeras páginas.

No terminó Alemán su novela; pensaba agregarle una tercera parte (1), que tal vez escribió, si

---

(1) *Guzmán de Alfarache*. Parte segunda, lib. III, cap. IX. «Aquí dí punto y fin á estas desgracias: rematé la cuenta con mi mala vida; la que después gasté todo el restante della, verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos.»

bien al anunciarla (1) recelaba que no faltase un *Gil* para ella, que imitase lo hecho por Sayavedra con la segunda. No faltó en efecto; pero menos afortunado que Martí, no imprimió su obra, que se conserva inédita en la Biblioteca Real del palacio de Ajuda en Lisboa: fué su autor el marqués de Montebelo Félix Machado da Silva Castro (2).

Acompañan á la novela picaresca de Alemán dos elogios del autor, debidos á las plumas de sus amigos Alonso de Barros y Luís de Valdés, y composiciones latinas de Vicente Espinel, Fr. Custodio Lupi, Ruy Fernández de Almada y Juan de Ribera; castellanas del Ldo. Arias, Hernando de Soto, Lupi y el Ldo. Miguel de Cárdenas Calmaestra, y una anónima italiana.

Apenas publicada la primera parte de *Guzmán de Alfarache*, tuvo su autor que aplazar la impresión de la segunda para dar cumplimiento á un voto hecho á San Antonio de Padua de componer su vida y milagros, según nos refiere Valdés (3), y aun el mismo Alemán en la dedicatoria de su libro. No han determinado los bibliógrafos cuál sea la edición príncipe de esta curiosa obra, y separándome del parecer de todos, entiendo debe ser de Lisboa, de fines de 1603 ó principios de 1604. Hallábase Alemán

(1) *Guzmán de Alfarache.* Parte segunda, lib. I, cap. I.

(2) Debo esta noticia á los trabajos bibliográficos del docto lusitano Sr. Sousa Viterbo, versadísimo en estudios de literatura española.

(3) *Guzmán de Alfarache. Elogio* que precede á la segunda parte de la obra.

por aquella época en la populosa ciudad portuguesa, según se desprende del contexto del privilegio de la segunda parte de *Guzmán de Alfarache,* dado en la capital lusitana á 4 de Diciembre de 1604 al autor, *ora estante nesta Cidade:* dos aprobaciones tiene esta obra, fechadas en Lisboa y Valladolid en 1603, y entre sus composiciones laudatorias hay alguna en lengua portuguesa. Que la *Vida de San Antonio* se escribió en Lisboa, no puede dudarse un momento; el capítulo primero trata de la fundación de aquella ciudad, y en el quinto se hace una descripción de la misma, calificada de muy curiosa por el docto escritor Sousa Vitervo (1), y se refieren hechos que sólo un testigo de vista puede narrar. Pero no esto solo; es innegable, y basta leer á Salvá (2) para convencerse de ello, que la primera impresión del falso *Guzmán* de Luján de Sayavedra es de Valencia en el año 1602: pues bien, en el *San Antonio de Padua* se nos dice por Juan López del Valle, en una alabanza del autor, que la segunda parte de *Guzmán de Alfarache* «*se imprimirá presto para desterrar la que sin verdadero nombre de autor, y contrahaciendo el de Mateo Alemán, salió en Valencia el año pasado*». Si, pues, antes de imprimirse la segunda parte de *Guzmán,* cuya edición príncipe es de Lisboa (1604), se escribía lo que dejamos copiado, podremos asegurar sin temor á equi-

(1) *A Litteratura hespanhola em Portugal. Matheo Aleman.* Artículo publicado en el periódico *Novidades* de 12 y 13 de Mayo de 1890.

(2) *Catálogo de la Biblioteca de Salvá.* Artículo núm. 1880.

vocarnos que la *Vida de San Antonio de Padua* salió á luz en Lisboa á fines de 1603 ó principios de 1604. Nadie ha citado esta edición, Sousa Viter-vo sospecha su existencia y yo creo que á ella pertenece un ejemplar que de este libro, falto desgraciadamente de portada, posee en su selecta librería el Sr. D. José M. Asensio y Toledo (1).

Sevilla en 1604, Valencia en 1607 y Tortosa en 1623 reimprimieron esta obra, en que nuestro escritor vertió sus muchos conocimientos de la Sagrada Escritura y Santos Padres, adornándola con las múltiples gracias de su privilegiado ingenio.

Dedicó Alemán este libro á D. Antonio de Bohórquez, caballero del hábito de Santiago, esperando de él que lo defendiese del *vulgacho* emulador, é insertó buen número de versos laudatorios, entre ellos una canción del gran Lope de Vega.

Corresponde á Mateo Alemán la gloria de haber

---

(1) Este hermoso ejemplar en 4.°, falto de portada, contiene 24 hojas al principio (incluyendo la portada) sin foliar y 417 folios texto, y 7 al fin con oraciones latinas y tabla, y una blanca.

Portada.—Aprobaciones: una en portugués, dada en San Francisco de Xobregas de Lisboa á 24 de Noviembre de 1603; otra castellana en Valladolid á 7 de Diciembre de 1603.—Erratas.—Dedicatoria.—Juan López del Valle en alabanza de Mateo Alemán. Elogio.—Á Mateo Alemán Lope de Vega Carpio. Canción (16 estrofas).—Don Rodrigo de Ayala y Castro. Soneto.—Don Hierónimo Cortés, nieto del gran Cortés. Soneto.—Ana de la Pvente devota de San Antonio, y gloria de Peñafiel su patria. Soneto.—Juan López del Valle. Soneto.—Soneto (anónimo).—Retrato del autor.—Al lector.—Poesías latinas.—Texto.—Oraciones.—Tabla.

sido uno de los primeros españoles que propusieron reglas que fijasen la ortografía castellana, y tan valiosa fué su obra, que el erudito Mayáns y Ciscar no vacila en llamar ingeniosísimo á su sistema ortográfico, cuyas reglas, añade, son tan coherentes, que en ellas no se hallará una inconsecuencia (1).

Empezó Alemán á componer su *Ortografía* en España; mas no teniéndola terminada cuando se dispuso á pasar á Nueva España, llevó consigo el trabajo, con ánimo de publicarlo en aquellas tierras, *manifestando así las prendas de su voluntad* (2). Imprimiólo en efecto en Méjico en 1609 (3), dedicado á D. Juan de Villela, Presidente de la Real Audiencia de Guadalajara, dirigiendo en los preliminares del libro una elegantísima salutación á la ciudad de Méjico, de la que ya he transcrito algunas palabras.

Es tanta la importancia de Mateo Alemán como

---

(1) *Biblioteca de Autores Españoles. Epistolario Español*, tom. LXII, pág. 155.

(2) *Ortografía Castellana*. Dedicatoria á Méjico.

(3) Ortografia | castellana. | ¶A Don Ivan de Billela, | del Consejo del rei nuestro señor, presi- | dente de la real audiencia de Gua- | dalajara, visitador jeneral de la | Nueva España. (Adorno.) Por Mateo Aleman. (Adorno.) criado de su majestad. (Escudo de armas.) Con previlegio por diez años. | En Mexico. | En la emprenta de Jeronimo Balli. Año 1609. | Por Cornelio Adriano César.

4.° 8 hojas prels. sin foliar, 83 folios texto, sig. A-Y, todas de 8 hojas.

Portada orlada.—v. b.—Retrato del autor.—Aprobación. dada en San Agustín de Méjico á último de Marzo de 1609 años. —Erratas.—Dedicatoria.—M. A. á Méjico. D. S.

ortógrafo, que Mayáns lo coloca al lado de Cadmo, Palamedes y Simónides, de Augusto y Claudio y de nuestro Gonzalo Correas, como introductor de letras nuevas, y al de Quintaliano, que, como nuestro autor, trató de suprimir algunas de las que el uso había admitido. Su libro es importantísimo gramatical, histórica y literariamente considerado. *La lengua castellana*, dice Alemán (1), *carece de caudal propio, por haberlo perdido con la destrucción de las Españas; fuéle forzoso, como á bizarro pirata, salir en corso á buscar la vida, ganando por la guerra lo que perdió con ella; desbalijó al hebreo, griego y latín, sin perdonar al árabe ni á los más que se le pusieron por delante, y puede hoy decir ser mucho su tesoro, habiendo quedado una de las más elegantes, galana, graciosa y grave de cuantas conocemos, y aun se aventaja á muchas*, añade, *pues que nosotros podemos con propiedad escribir cuanto hablamos y hablar cuanto escribimos.* Respecto al origen de los vocablos, cuestión poco interesante en su sentir, afirma que cualquiera sea aquél, deben arreglarse éstos á nuestra pronunciación.

La Real Academia Española, que considera á Alemán como el continuador de Antonio de Nebrija, lo cita con elogio (2), y otro tanto han hecho Nicolás Antonio, el P. Terreros y el docto mejicano Beristáin de Souza; pero apesar de todos estos elogios, ningún erudito ha aceptado su sistema, que no ha pasado de la condición de una teoría funda-

(1) *Ortografía Castellana.* Al lector.

(2) Prólogo de la *Ortografía* de la Academia.

dísima, que no merece ciertamente el calificativo de ridícula que en su *Biblioteca Mexicana* le aplica don Juan José Eguiara.

Curiosa cuanto poco conocida es otra obra de Mateo Alemán, el *Prólogo* de la *Perla de los Proverbios Morales* de Alonso de Barros, que nuestro sevillano escribió en debida alabanza de aquel ingenio, con quien le unía íntima amistad, demostrada por Barros con el *Elogio* que de Alemán escribió para su *Guzmán de Alfarache.*

Estas son sus obras, este es el escritor de quien me proponía hablaros: no sé si habré acertado á presentároslo tal como yo lo comprendo. Maestro del bien hablar, conocedor como pocos de los tesoros de nuestro idioma, su nombre figura entre los de nuestros más distinguidos gramáticos; escritor religioso, es lo que debía ser un español de la décimasexta centuria; novelista, es el primero entre los cultivadores del género picaresco.

HE DICHO.



DISCURSO

DEL SEÑOR

D. LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

ADADÉMICO NUMERARIO

EN CONTESTACIÓN AL DEL SR. HAZAÑAS



Señores Académicos:



IEN sé yo que al designarme para llevar la voz de la Academia en esta ocasión solemne, tuvisteis en cuenta, nó el lugar que entre vosotros ocupo, porque es el último, sino la amistad que me liga con el Académico que acaba de darnos testimonio elocuente de su ingenio peregrino. Si á otro propósito tuviera la representación de este Centro literario, vuestra designación pecaría de desacertada; pero queréis que hoy hable aquí la voz del corazón, y yo—lo digo sin reboso—á nadie cedo en los afectos íntimos, que, arraigando en el alma, salen luego á lo exterior, y son lazos misteriosos que acercan á los hombres, consolándolos en sus pesares, alentándolos en sus desfallecimientos, llevándolos de la mano por los ásperos senderos de la

vida, cerrando sus ojos en el trance supremo de la muerte y traspasando los umbrales de la eternidad en alas de la oración purísima.

Dios ordenó por este modo las cosas del mundo: puso el dolor en acecho del placer; hizo á la tristeza poderoso rival de la alegría, y dió á la pena vida larga, y vida efímera al contento. ¿Quién podrá sustraerse á esta ordenación divina? ¿Cuándo y dónde se infringió la ley que hermana los gozos con los pesares? En la ocasión presente parece como que todo conspira á depararnos momentos de inefable dicha. Por una parte, el recuerdo de las gloriosas tradiciones de esta Academia, cuyos timbres nobiliarios no lucen menos al través de los años que los de otras corporaciones de la misma índole; y los nombres, que acuden á vuestra memoria, de Ribón, Montiano, Lista, Reinoso, Fernández-Espino, Bueno, Zapata y cien más, que se registran grabados con letras de oro en las páginas de la historia de la metrópoli andaluza: por otra parte, el objeto mismo de esta fiesta; fiesta cordial, fiesta de la familia que se congrega en torno del hogar de sus mayores para solemnizar la llegada de quien viene á compartir con otros sus hermanos las labores diurnas, y á gozar de los bienes de la herencia paterna. Sí; todo es hoy motivo de regocijo en esta vieja casa, en torno de este hogar que caldeó tantas inteligencias. Grande es nuestra alegría... Pero ¡ay! que el dolor está en acecho del placer. ¡Cómo olvidar, señores, al hermano ausente! ¡Cómo olvidar que el puesto que en breve va á ser ocupado esperó ansioso á un

joven, que no llegó, que no llegará jamás! Imposible es no asociar á este acto el recuerdo luctuoso de D. Lorenzo Leal y Ramírez Arias. El nuevo Académico dió principio á su discurso invocando el nombre de aquel mi llorado amigo, y elogiando merecidamente las cualidades con que le dotó el Cielo: ¿no es verdad que esa invocación ha repercutido con ecos tristísimos en vuestros corazones? Tuve yo la honra de proponerlo para que compartiese con nosotros las tareas de la Academia, y lo que no pude deciros, porque Dios lo llamó á Sí cuando lo esperábamos con los brazos abiertos, habré de consignarlo ahora en breves palabras, inspiradas por el amor á la verdad, y como humilde ofrenda á su memoria.

Nacido en pobre cuna, á la que alumbró el sol de Andalucía, D. Lorenzo Leal y Ramírez Arias mereció por sus propios esfuerzos cuanto fué y cuanto alcanzó. Y fué uno de los escritores más geniales—permitidme la frase—entre los muchos de nuestros días; y alcanzó la estimación y el aplauso de las gentes.

Á duras penas cursó en nuestra Universidad Literaria las asignaturas de la facultad de Filosofía y Letras, hasta recibir el grado de Licenciado; y digo á duras penas, porque penas duras son para el joven ansioso de ciencia haber de robar al estudio horas para dedicarlas al trabajo material, y hurtar al trabajo material instantes para consagrarlos al estudio. Logró un título académico, como otros muchos lo logran; y tal vez, como otros muchos, hubiese po-

dido escalar los puestos para que lo habilitaba aquel título, á permitirle su condición angustiosa esperar el día de mañana. Pero no ya un día, ni un instante puede esperar quien ha de adquirir el pan cuotidiano con el sudor de su frente. Hé aquí el por qué de la vida bohemia de Lorenzo Leal—que diría Henri Murger;—hé aquí por qué se acogió al periodismo; al periodismo, que, cual otro Briareo, tiene cien brazos con los que aprisiona á la juventud, agostando muchas inteligencias y secando muchos corazones.

En el periodismo lució las dotes de su ingenio y la fortaleza de su alma. En tiempos en que la virtud y la modestia pasan inadvertidas; en tiempos en que una mal denominada política encumbra á los hombres más audaces, sancionando todos los atrevimientos, Lorenzo Leal esgrimió el látigo de la sátira y tuvo valor heróico para elevar su voz, llamando á las cosas por su nombre, sin ambajes, ni rodeos, ni paliativos. Acaso rebasó los límites de ese tejido de meticulosidades y de interesadas complacencias á que dicen «conveniencias sociales»; pero no se puede negar que sólo el amor á lo verdadero movió su pluma; amor á lo verdadero, que lo puso en trances amargos, ora llevándolo ante los tribunales de justicia, ora arrastrándolo al que intitulan campo del honor, y no es sino teatro donde, á despecho de la cultura moderna, se enseñorea la barbarie de siglos pasados, cubriéndose con la máscara de una falsa caballerosidad.

No le llamaron al periodismo sus gustos y aficiones. Para las letras fué el verdadero culto de su

corazón. La lectura asidua de las obras de nuestros clásicos, juntamente con la de los novelistas modernos; su trato con los más conspicuos literatos sevillanos, y hasta su misma ocupación mecánica durante los años de sus estudios académicos, contribuyeron á avivar más y más aquellas sus aficiones.

Exigencias de la casa editorial donde servía le llevaron más allá de los mares, cuando aún no había cumplido veinte años, comisionado para lanzar al mercado de la república Argentina millares de libros de Campoamor, Núñez de Arce, Valera, Blasco y otros. No contaba con más recursos para atender á sus necesidades que los que habría de proporcionarle la venta paulatina de aquellos libros, y ¡cuál no sería su desencanto cuando puso pié en tierra firme, al ver que las obras que sacó de España corrían en manos de todos, multiplicadas por ediciones numerosas!

Residió algunos meses en Buenos-Aires, aliviándose de su crítica situación con el sueldo mezquino que logró redactando un periódico, de cuyo nombre no me acuerdo, y en el cual dió á luz las primicias de su pluma, entre ellas la novelita *Juan de Dios,* ensayo afortunado, anuncio de más sazonados frutos y reflejo de sus preferentes lecturas.

De regreso en Sevilla, colaboró en diversas publicaciones periódicas, por lo que, si no obtuvo recompensa material, fué ganando consideración entre los literatos y los lectores asiduos de la prensa política.

Á poco, le llamó el servicio militar. Sin bienes

de fortuna que emplear en su redención, ni influencias poderosas para retardar su ingreso en las filas hasta que se decidiese de la excepción que había alegado, vióse constreñido á servir al rey, ciñendo su cintura con un sable más largo que su cuerpo, y cubriendo su cabeza con un morrión cuya pesadumbre abrumaba su frente. Destináronlo al arma de Caballería, y el joven descaecido y macilento, habituado sólo á manejar libros y plumas, rodó por las cuadras de un cuartel y tuvo que habérselas con un cabo, que, mal intencionado, ó celoso, lo redujo á los oficios más serviles. Á dicha, un oficial paró mientes en la desmedrada naturaleza del quinto, en su figurilla enteca, en la tristísima expresión de su semblante y en los relámpagos de inteligencia que alumbraban á intérvalos las cuencas de aquellos sus grandes, negros ojos, y le buscó empleo más adecuado á sus débiles fuerzas de niño enfermizo. Dado de baja en el ejército, volvió una vez más á Sevilla; perdiendo el rey un soldado, que de nada hubiera podido servirle, porque no tenía alientos ni para manejar la espada, y ganando las letras un cultivador infatigable.

Por entonces, señores Académicos, premiasteis en público certamen al autor de *La Soñadora,* de ese libro, que es perfil de novela trazado con mano segura, como por quien está avezado á manejar los lápices, y sabe con cuatro líneas y no más rasgos llevar al papel el secreto de la vida. *La Soñadora* es el estudio de un carácter, el de la heroina, «verdadera romántica que sueña despierta; que pierde

su imaginación en fantásticas quimeras», sin convencerse de que «aquí, sobre la tierra, viviendo entre hombres y gusanos, es un grande error, es un mal gravísimo dejarse embargar por célicos ensueños é imposibles ideales». Mas para mí, el mérito de este libro, que fué muy celebrado, no está tanto en la pintura de *La Soñadora,* cuanto en la acerada crítica con que el autor, muy diestro en la materia, maldice de la política torpe y aviesa que mueve á una los resortes de la ambición y de las malas artes: el cacique rural, que teje la tela burda de una administración ruinosa; el diputado, que pide el acta, nó al voto popular, sino al amaño y á la intriga; el ministro, que cifra todas sus complacencias en cuidar de aves de corral y pájaros de caza, empleo que lo aparta de la gestión de los intereses públicos; la prensa devota de todas las causas, y el charlatán que embauca á la muchedumbre, caen bajo el azote del novelista implacable, maltrechos y para no volver á levantarse jamás.

¿Y sabéis cómo fué escrito aquel libro? Imaginado en los momentos en que las tareas periodísticas le permitían dulce vagar, salieron de la pluma del autor capítulos y más capítulos, con rapidez vertiginosa, pero sin atropellamiento; con la espontaneidad con que brota flores la tierra bien abonada: verdad es que pocos escritores le igualaron en la pasmosa facilidad de verter al papel sus pensamientos.

En pos de *La Soñadora* sacó á la plaza pública otros libros: *Frescos de Andalucía, Viruelas locas,*

y, por último, *Los trabajos de Sísifo,* novela en cuyas páginas, escritas, nó al correr, al volar de la pluma, están anotados los males que aquejan á la nación española, y presentado como en esboso el problema que preocupa á todas las inteligencias.

Muchos puntos de semejanza descubre el nuevo Académico entre el malogrado escritor de quien hablo, y el autor de *El Pícaro Guzmán de Alfarache.* Los hay ciertamente, salvando la distancia de los siglos, y la de una civilización á otra civilización, y la de una sociedad á otra sociedad. Ambos, el novelador que floreció en el siglo XVI, y el novelista que principió á novelar en las postrimerías del XIX, huyeron de los *Libros de Caballerías* y de las *Novelas Pastoriles,* y estudiaron en los que una moderna tecnología llama «documentos humanos». Vicios y errores de la sociedad en que vivía pintó con colores brillantes Mateo Alemán: errores y vicios de esta en que vivimos trasladó á las peregrinas páginas de sus libros Lorenzo Leal y Ramírez Arias. Uno y otro, inspirados por el buen sentido, al lado del vicio pusieron la corrección, y al lado del error, la verdad. Tan picaresca es la *Atalaya de la vida humana,* como *La Soñadora, Juan de Dios* y *Trabajos de Sísifo.* No son menos pícaros que los que danzan al lado de *Guzmán de Alfarache,* el cacique, *deus ex machina* de la politiquilla en las aldeas, el concejal avieso, el diputado vividor, el gobernadorcillo endiosado, el ministro avariento; la turba, en fin, de microbios que afectan al organismo político, produciéndole fiebre que, por altísima, escapa á todo ter-

mómetro de inmoralidad. Una diferencia separa á entrambos novelistas: Mateo Alemán nos habla de los pícaros de baja estofa, por decirlo así; de los pícaros del arroyo: Lorenzo Leal escoge, para fustigarlos, los pícaros de salón; que es fustigar á la mayor picardía, á la picardía encumbrada.

Si la novela es sólo pueril relato de fábulas estupendas, ni Mateo Alemán ni Lorenzo Leal merecen bien de la crítica; pero si es algo así como la prodigiosa urdimbre del más prodigioso de los libros españoles, *Aventuras del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, no extraño que la fama encumbre el nombre de aquel novelista, gramático al par, cuyo elogio acabáis de oir, y que, cuantos hemos leído los libros de Lorenzo Leal, lloremos, con la muerte del autor de *La Soñadora,* una pérdida para las letras patrias. Y cuenta, Señores Académicos, que entre todas sus producciones yo relego al último lugar las novelas. No había conseguido aquel grado de conocimiento del corazón humano, y aquella reflexión, propia de la edad madura, requisitos necesarios para ser maestro en el arte difícil de novelar. Corría más fácil su pluma pintando cuadros de costumbres populares; bosquejando la vida de las villas y las aldeas andaluzas. De él, harto mejor que de otros muchos, puede decirse que espigó en el campo en que Fernán-Caballero recogió abundantes cosechas.

La crítica, por desapiadada que sea, encontrará en las obras de Lorenzo Leal muchas bellezas que aplaudir; considerando, con relación á este autor,

no ya tanto lo que produjo en las condiciones de su vida efímera y laboriosa, cuanto lo que hubiera podido producir á vivir vida sosegada y de mayor duración. Cierto que en él influyeron los autores contemporáneos de mejor nota; cierto que en la que es reputada por la primera de sus novelas, y en algunos de sus cuentos, siguió las corrientes del naturalismo; cierto... ¡Pero á qué señalar deficiencias, cuando tengo por más cierto todavía que las lindezas de sus producciones son tantas, que sobran para obscurecer sus lunares!

Mucho más podría deciros del Académico electo á quien aguardábamos; pero quede el resto para otra ocasión, que yo buscaré si no se me depara, y volvamos á la solemnidad de hoy.

También es en esto ineludible la ordenación divina: fácilmente pasamos, por el puente de la resignación, del dolor al placer, y de la pena al contento. Alborocémonos, Señores: perdimos mucho con la ausencia eterna de D. Lorenzo Leal; mucho ganamos con la feliz llegada de D. Joaquín Hazañas y la Rúa.

Al par que el autor de *Los Trabajos de Sísifo,* cursó la carrera de Filosofía y Letras; y al par acudió al periodismo, nó forzado como aquél, sino con voluntad libérrima, para pelear por sus ideas en el campo donde los enemigos eran poderosos, y donde la causa de la Religión había menester esforzados adalides. No habré de deciros más sobre este punto: para el Sr. Hazañas y la Rúa el periódico fué púlpito, y tribuna, y cátedra. Cumplido su empeño,

abandonó el periodismo, dedicándose por completo al estudio.

En 1886 fundó con otros inteligentes bibliófilos *El Archivo Hispalense*, en el que se registran preciosas obras salvadas del polvo de las bibliotecas, como son las *Poesías* del sevillano D. Pedro de Quirós, avaloradas con un prólogo del sabio Menéndez Pelayo; los *Hijos Ilustres de Sevilla*, del erudito don Justino Matute; el tomo primero del *Catálogo de los libros de D. Fernando Colón*, y las *Memorias de los Obispos de Marruecos* y demás auxiliares de Sevilla ó que en ella ejercieron funciones episcopales, del citado Matute, con notas y adiciones del mismo Sr. Hazañas y La Rúa; adiciones que comprenden las biografías de los Ilmos. Sres. D. Vicente de Román y Linares, D. Calixto Castrillo y Ornedo, don Manuel María González y Sánchez y D. Marcelo Spínola y Maestre.

Dirigió después la publicación de libros tan raros y curiosos como la *Glosa* de Jorge de Montemayor á las coplas de Jorge Manrique, editada á expensas del infatigable bibliófilo Excmo. Sr. Marqués de Xerez de los Caballeros; trabajo al que enriqueció con muy peregrinas noticias referentes al glosador y á sus obras: las *Lágrimas de San Pedro*, de Rodrigo Fernández de Ribera, poemita que ilustró con pormenores de la vida del poeta y el estudio de sus obras: las *Décimas á la Muerte*, «compuestas por un hidalgo de la ciudad de Cuenca», reimpresas por el Excmo. Sr. Duque de T'Sercláes Tilly, individuo electo de esta Academia; poesía que estudió con

singular esmero, y la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo,* composición del siglo XVI y de autor anónimo, adicionada con una advertencia al lector.

En todos los libros citados, el Sr. Hazañas y la Rúa ha impreso las huellas de su talento y de su saber, siguiendo el camino trazado por los grandes maestros de la bibliografía española en el presente siglo: los Gayangos, Gallardos, Guerra y Orbe, Ríos, Menéndez Pelayo, Sancho Rayón, Zarco del Valle y otros.

No son únicamente los trabajos literarios, que indicados quedan, los que abrieron de par en par las puertas de este recinto al nuevo Académico. En 1889 lo premiasteis en público certamen por la *Biografía del poeta sevillano Rodrigo Fernández de Ribera,* y *estudio de sus principales obras.* Honróme el Sr. Hazañas y la Rúa encomendándome la tarea, que me fué muy grata, de escribir algunas palabras al frente de su libro premiado, y al intento estampé las siguientes: «Si las poesías de Rodrigo Fernández de Ribera son de aquellas que no pasan de la categoría de juegos de ingenio y derroche de palabras mejor ó peor combinadas—y por esto no hay que acusar á las generaciones, que suceden al autor, de no hacer coro á Lope de Vega en sus extremados elogios,—no debe decirse lo mismo de sus obras en prosa. Con ellas puede sin desmerecimiento ponerse al lado de Mateo Alemán, Vélez de Guevara, Hurtado de Mendoza y el gran Quevedo. ¡Qué novedad en los asuntos, y qué gracejo en la exposición! ¡Qué sobriedad, y qué aticismo! ¡Qué

rara invención y qué agudísima sátira! Los *Antojos de mejor vista* y *El Mesón del Mundo* se leen hoy con el mismo contentamiento con que leemos los libros en que vemos retratada la sociedad de nuestros días. Ambas novelas son sátiras agudas de los hombres de aquel entonces; y en ambas encontramos descritos, sin daño de barras, vicios y defectos por cuya corrección se afanó el novelista. No son, á decir verdad, superiores en méritos al *Mesón del Mundo* y *Los Antojos de mejor vista, Las Zahurdas de Plutón* y la *Visita de los Chistes,* y, no obstante, ¡cuán diversa ha sido su suerte! *Los Antojos* revelan la misma intención, y acaso acusan mayor fuerza imaginativa que *El Diablo Cojuelo,* y, sin embargo, mientras las prensas no se cansan de multiplicar los ejemplares de la obra de Vélez de Guevara, es harto difícil dar con un libro de Ribera. No aventaja *Lazarillo de Tormes* á *El Mesón del Mundo,* y aquél es un personaje proverbial, y contados son los lectores que entran en *El Mesón.* No acierto á comprender cómo yacen olvidadas las novelas de Rodrigo Fernández de Ribera; y aunque fuése sólo porque llama sobre ellas la distraída atención de las gentes, el Sr. Hazañas y la Rúa merece plácemes cumplidos.»

Otra corporación científica y literaria, el *Ateneo y Sociedad de Excursiones* de esta ciudad, premió á nuestro docto compañero por su libro intitulado *Noticia de las Academias Literarias, Artísticas y Científicas de Sevilla en los siglos XVII y XVIII,* en el cual dió á conocer justas literarias tan interesantes

como las celebradas en 1606 en San Juan de Aznalfarache, la de beatificación de San Ignacio de Loyola y el certamen de la Hermandad de San Pedro Advíncula con ocasión del voto que en 1616 hizo esta Cofradía de defender la entonces piadosa creencia, hoy dogma de fe, de la Concepción sin mancha de María; y refirió al pormenor la historia de la Real Sociedad de Medicina, y la de las Academias Horaciana, de Letras Humanas y de Buenas Letras. Esta obra, análoga á la intitulada *Noticia de algunas Academias que existieron en Valencia en el siglo XVII,* debida á D. José E. Serrano y publicada en la *Revista* de aquella ciudad en 1881, es, aparte de otras consideraciones, suma de datos valiosos para la historia literaria de Sevilla, y apología de los centros en que—como dijo Lupercio de Argensola de la *Academia de los Anhelantes,* fundada en en Zaragoza en el siglo XVI—«todos somos maestros y discípulos; todos mandamos y todos obedecemos, comunicando las profesiones diversas y tomando cada uno lo que há menester para la suya... y no poniendo cuidado en aprender se halla uno enseñado en lo que le conviene, como el que navega durmiendo y despierta en el puerto sin haber padecido el trabajo de la navegación.»

Últimamente, el Sr. Hazañas y la Rúa ha dado á la estampa un libro de labor harto difícil, con el cual sella su reputación de bibliófilo infatigable: *Ensayo para escribir la Historia de la Imprenta en Sevilla.* Basta enunciar el título de la obra para que reconozcáis su significación é imaginéis cuántos

habrán sido los desvelos del autor para darle feliz cima. Estos estudios, desdeñados un tiempo, adquieren de día en día mayor importancia, como factores indispensables para la historia de nuestra literatura. Ya en el siglo pasado, el erudito Fr. Francisco Méndez publicó la *Tipografía Española,* ó historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España, cuya segunda edición, corregida y adicionada por D. Dionisio Hidalgo, apareció en Madrid en 1861; obra que abrió el camino á diligentes disquisiciones, aunque trascurrieron muchos años sin que por él entraran nuestros bibliófilos. En 1860, D. Gerónimo Borao publicó la *Imprenta en Zaragoza,* y en 1869 D. Tomás Caballero dió á luz la *Imprenta en Cuenca,* que es á manera de catálogo de libros impresos en aquella ciudad. D. Vicente Barrantes, en su libro *Narraciones Extremeñas* (Madrid, 1873), dedicó un estudio á la *Imprenta en Extremadura,* y el mismo diligente historiador publicó en 1880, en la *Revista Contemporánea,* un Catálogo de impresores españoles anteriores al siglo XVI. En 1887, el sabio sacerdote D. Cristóbal Pérez Pastor dió á la estampa la *Imprenta en Toledo,* en cuya introducción menciona los impresores de aquella ciudad y de algunos pueblos de su provincia. El mismo autor, en su curiosísima obra *Bibliografía Madrileña en el siglo XVI,* trata de los impresores de aquel siglo; y D. Juan Catalina García, en 1889, dió á las prensas el *Ensayo de una Tipografía Complutense,* con un apéndice titulado *Noticias de los impresores de Alcalá.*

El Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, en su obra *Colección Bibliográfico-Biográfica de noticias referentes á la provincia de Zamora, ó materiales para su historia* (Madrid, 1891), premiada por la Biblioteca Nacional, trata de la imprenta en aquella ciudad, enumerando las obras que salieron de sus prensas y los impresores antiguos y modernos. Por último, merecen citarse en este linaje de trabajos, la *Imprenta en Pamplona,* de D. Julio Altadil; los curiosos artículos acerca de la *Imprenta en Córdoba,* publicados en el *Diario* de aquella ciudad en 1888, debidos á los Sres. Ramírez de Arellano, Delgado López, González Francés y Valdenebros y Cisneros, y la *Introducción de la Imprenta en América,* por el autor de la *Biblioteca Americana Vetustísima.*

La obra de nuestro dignísimo compañero no cede en mérito á ninguna de sus similares, que he citado como de pasada. El campo que ha recorrido es más vasto de lo que á primera vista parece; y aunque su trabajo no sea considerado como la última palabra de la historia de la tipografía en Sevilla, no puede negársele mérito sobresaliente. Reconoce el autor la magnitud de su empresa y llama tímidamente «ensayo» á su libro: los elogios que alcanza de la crítica acreditan la bondad de su obra. Y cierto, Señores, que fué magna la empresa, siquiera no se consideren más que las razones que el mismo Sr. Hazañas indica: «Sevilla cuenta entre sus más ilustres hijos al patriarca de la bibliografía española, Nicolás Antonio, figura tan grande que anonada la sola consideración del trabajo que su obra

representa, y que ni en extensión ni en mérito ha sido superada hasta el día: un impresor de Sevilla, Lanzalao Polono, da comienzo á los impresores de Alcalá de Henares, y otro, Juan Cromberger, es el introductor de la imprenta en América».

Después de esta ligera reseña de las producciones del Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa; después de haber escuchado su discurso, nutrido de curiosidades bibliográficas y de atinadas observaciones acerca del sevillano Mateo Alemán y sus obras, ¿habrá nadie que dude de la justicia con que lo nombrasteis miembro de esta Academia, en vacante producida por la muerte tristísima de D. Lorenzo Leal y Ramírez Arias? Mucho podemos prometernos del compañero que con la savia de su inteligencia viene á contribuir á la más lozana vida de esta Corporación. Quien supo de mano maestra escribir la historia de las Academias sevillanas en pasadas edades, sabrá también, con nuevas obras, escribir páginas gloriosas en la de Buenas Letras, á las postrimerías de este siglo desdeñoso un tanto con los viejos organismos de la literatura patria.

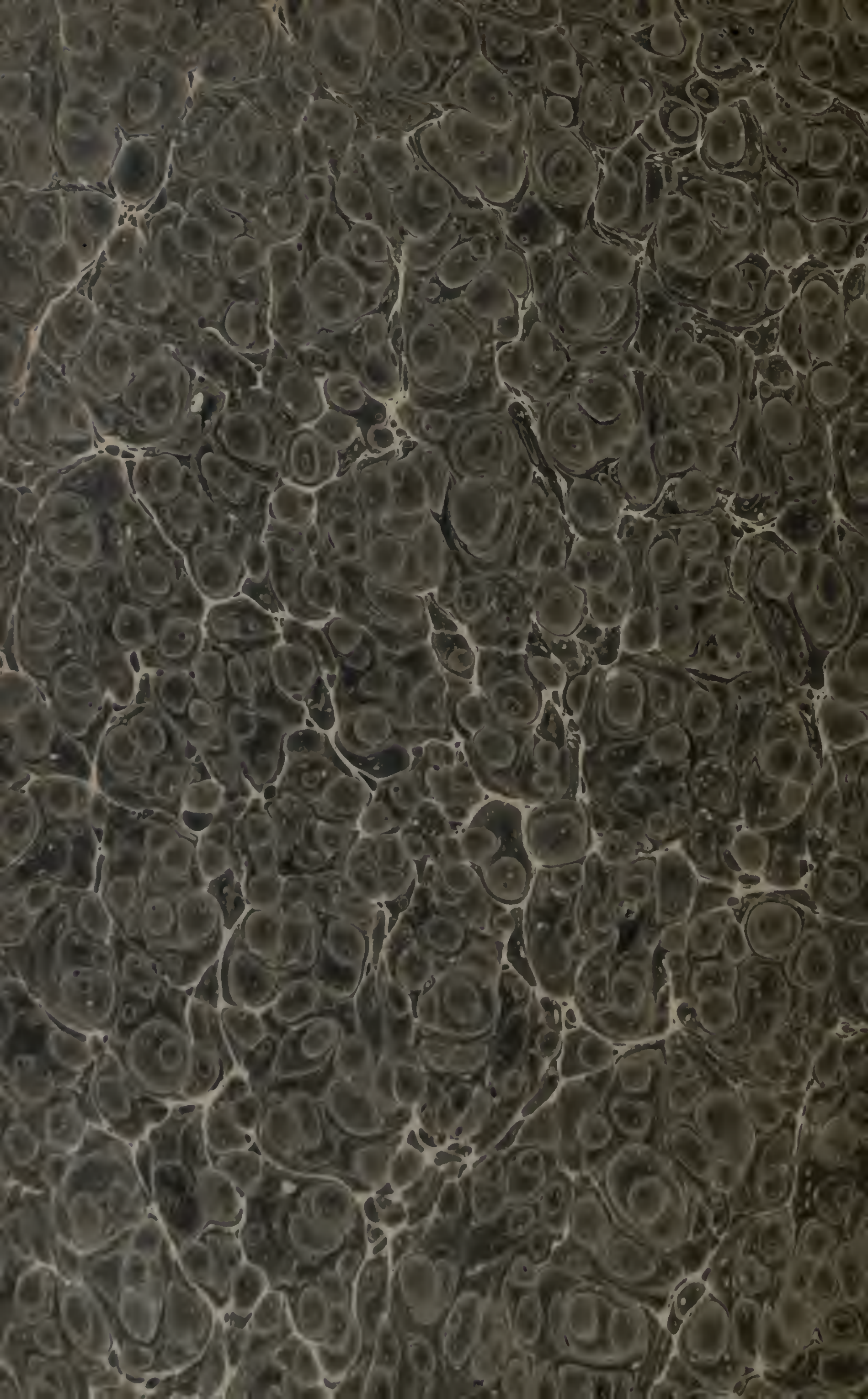
He concluído: réstame sólo pediros, para el Académico que no llegó, el más precioso de los dones, la oración de los vivos por los muertos; para el que ha llegado, los dulces é íntimos afectos de la amistad, la fraternidad que aquí nos congrega, y el amor de la familia literaria, amor que arde, como fuego vivísimo, en este venerando hogar de nuestros mayores.

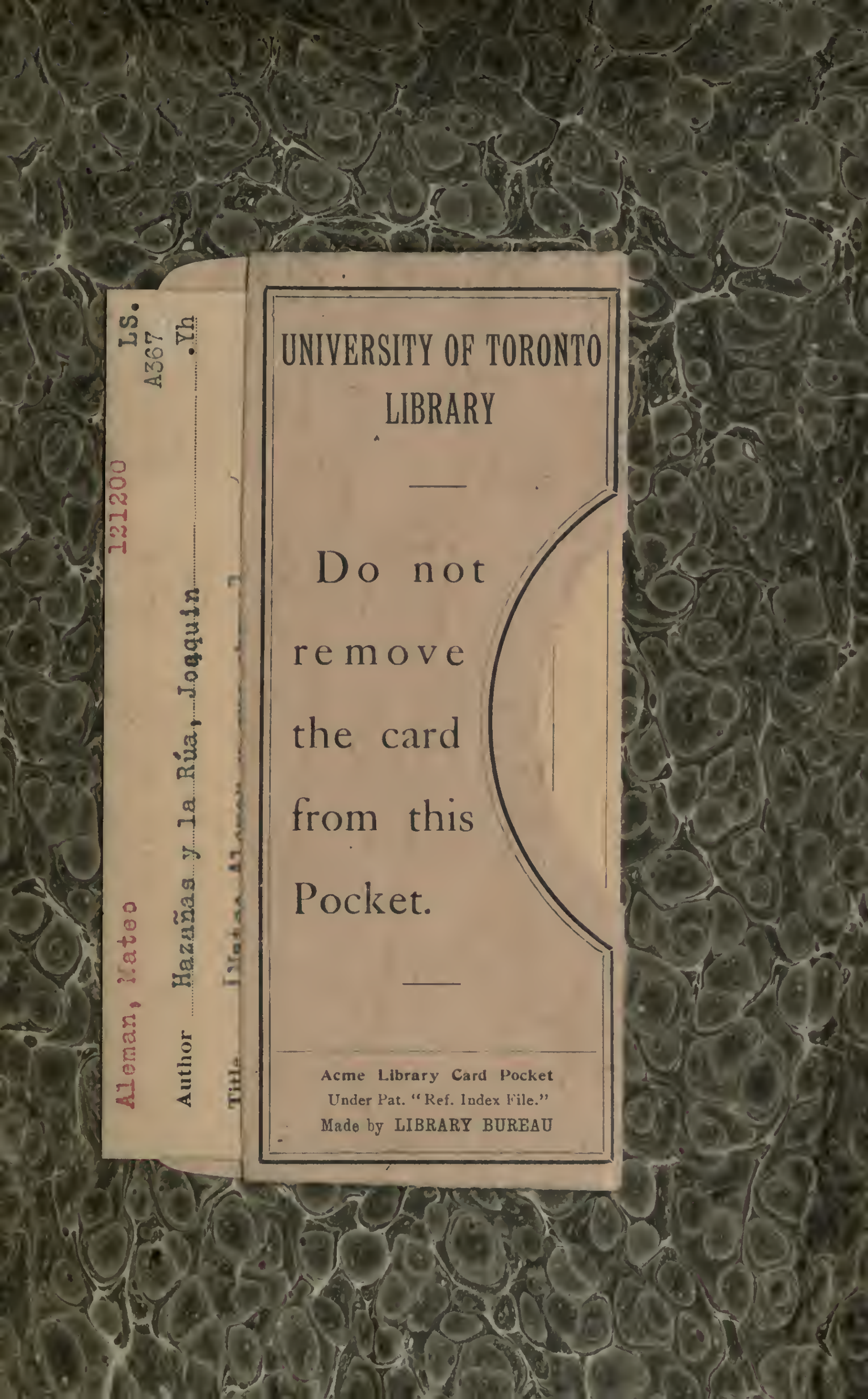
HE DICHO.


E R
HISPALIS








LS.
A367
.Yh
121200
Aleman, Mateo
Author Hazañas y la Rúa, Joaquín
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU